

VII Certamen de Cuentos y Relatos Breves Junto al Fogaril. 2014 – Accésit J. Antonio Labordeta (temática Sobrarbe).

Autor: Isabel García Viñao

EL BARGUEÑO DEL DESVÁN

Acabo de llegar de vacaciones a Parzán, un pueblo muy pintoresco del Pirineo en el que nacieron y vivieron mis abuelos. En realidad lo que busco es encontrar tranquilidad para poner en orden varias ideas caóticas que pululan por mi cabeza desde que mi matrimonio ha naufragado. El naufragio no me ha cogido por sorpresa pues desde varios meses atrás estaba anunciado. ¿Las causas? Muchas. Entre ellas, que nuestro único hijo tiene tendencias homosexuales que no soy capaz de entender y esto ocasiona grandes enfrentamientos con mi mujer que acepta todo de él. Y además, la monotonía que también es difícil de soportar en una relación pues, cuando comienza a instalarse, no hay quien pueda quitársela de encima. La rutina ha sido una enemiga silenciosa y dañina que ha ahogado nuestra relación de pareja. Han sido muchas las horas que hemos pasado atrapados entre las paredes de la casa, con mi mujer sin dirigirnos tan apenas ni la mirada, ni unas palabras, ni teniendo una afición común que nos uniera, ni una ilusión por un viaje, o por alguna actividad compartida. Los sonidos de la televisión eran los que llenaban los silencios molestos y densos que parecían poder cortarse con el canto de un folio. Y claro, cuando se llega a estos extremos, lo normal es que se avecine el crac. Pero aun así, pesa la ausencia de la persona que por costumbre has tenido a tu lado, la angustia te llega a formar nudos en la garganta y la soledad te embarga. Cuando te encuentras en esta situación es fácil sentirte incómodo en el sudario

de la penumbra aunque luzca el sol y envolver las pequeñas cosas cotidianas que miras con pátinas de tristeza. Las ilusiones que se desbordaron al principio de nuestra relación, junto a la que ha sido mi esposa durante veinte años, se las han ido bebiendo los vientos sedientos y desde la separación no busco otra cosa que el aislamiento. Y por ello, aquí estoy, en la casa natal del abuelo que por herencia me ha correspondido, convertido en un tipo raro y solitario, de aspecto taciturno, de mirada hostil, con voz quebrada y ahogada... Atrás quedan los bártulos repletos de ilusiones, que hoy se llenan con las ruinas de noches juguetonas y eternas, con hilos deshilachados de seda en los tapices que bordamos con mucho amor pensando que nuestro sentimiento no tendría fecha de caducidad, con dardos de algunas palabras dichas, con laberintos de "mazes" de un mundo nuevo y extraño... Si lo que has tenido se desmorona como un castillete alto de naipes, te sientes sin fuerzas para tomar enseguida un nuevo sendero en la vida. Pero confieso que mi propósito es encontrar el equilibrio personal en la tranquilidad de Parzán.

El día está impoluto en el pueblo y ni siquiera una sola ráfaga de polvo lo enturbia. A 1122 metros de altitud, el aire puro llena los pulmones. El azul del cielo solamente está arañado por las estelas blancas de humo que van dejando los aviones. Las laderas de los montes se muestran verdes, dominando el verde serio de los pinos. A los gorriones que picotean en las calles parece no importarles nada la presencia humana y levantan el vuelo cuando ya casi vas a pisarlos. Los perros, adormecidos en las entradas de las viviendas o en medio de las calles, no se inmutan por la presencia de tractores o por la circulación de los coches, y se levantan con galbana y desganados cuando los vehículos se detienen casi encima de ellos. Siempre he pensado que en estos pueblos rodeados de montañas, la tranquilidad es la tónica del día a día, y quizás, por ello es por lo que mi presencia despierta muchas miradas curiosas. Me doy cuenta que

algunas personas me atisban apartando los visillos de las ventanas, atraídos por el ruido de las ruedas de la maleta con el pavimento.

La puerta de la casa natal del abuelo conserva en buen estado la madera y también las tachuelas y la aldaba con forma de lagarto. El giro que doy con la enorme llave de la puerta de entrada va a abrirme el mundo de recuerdos e imágenes que guardo de su interior; unas imágenes que de niño absorbí como el agua las esponjas. El patio todavía conserva el empedrado de pequeños cantos rodados formando cenefas, destacando en el centro una estrella de seis puntas que el abuelo decía que acercaba el bien a la casa y alejaba la brujería. La abuela barría este empedrado con escobas hechas de varas de mimbre bien sujetas al mango con alambres. Las dos habitaciones de la casa que más recuerdo son “El Siete”, un trastero que tiene la forma del número 7, de allí su nombre, en el que se guardaban todo tipo de chirimbolos y mis juguetes, y el desván (llamada *falsa* en esta tierra), en donde se almacenaban muebles y útiles más grandes: jergones, bicicletas, armarios, cómodas, serones, arcones, el bargueño... De entre ellos, el bargueño era el que siempre me llenaba de curiosidad. El abuelo manejaba las llavecitas de sus numerosos cajones ricamente adornados y lo utilizaba como contenedor de objetos lógicamente pequeños. Cuando le preguntaba por qué cerraba con tanto celo el bargueño, con el esbozo de una sonrisa en la boca me respondía que porque dentro del mueble guardaba cosas queridas e importantes. Esta respuesta me hacía dar vueltas y más vueltas a la cabeza y preguntarme qué habría dentro: ¿joyas?, ¿monedas?, ¿fotografías?, ¿cartas?, ¿testamentos?, ¿algunos enseres de sus padres?,... Si alguna vez le preguntaba a la abuela, su respuesta, típica de una mujer muy habladora, no me aclaraba nada, pues, encogiéndose de hombros y sin dejar de hacer sus quehaceres, solía contestarme: *manías de tu abuelo. No sé qué puede guardar. Quizás alguna de las cartas de amor que me envió desde el desfiladero de Las Devotas y desde las laderas de*

Monte Perdido cuando combatía en la Bolsa de Bielsa. Estas cartas nos las acercaba un hombre que en tiempo de guerra hacía de emisario y que llamábamos “El Barranco”. Y no pienses que fueron tantas pues, después de pasar el mes de abril de 1938, se olvidó de mí a pesar de volver desde Francia al frente republicano catalán para seguir luchando. Después de aquella fatídica primavera, y hasta que acabó la guerra, se olvidó del todo y ya no recibí ninguna carta más. ¡No sé qué pudo pasarle! A veces, cuando le pregunto, me contesta que la guerra se endureció muchísimo en las cercanías del Ebro y que no le quedaba tiempo ni tranquilidad para escribir misivas. Pero ¡vete tú a saber! Igual se enamoró de alguna pelandusca o de alguna enfermera del frente. ¡Y pensar que me quejaba entonces por las escasas cartas de amor que recibía en aquella primavera del 38! No sé cómo me podía quejar porque luego..., luego fue peor, llegaron sus silencios que me hicieron pensar que habría muerto en el combate, y ahora... y ahora pocas veces se le escapa por la boca una palabra cariñosa para mí. Eso sí, tu abuelo es el mejor marido del mundo. ¡Ojo! no me vea enferma, que se desvive para cuidarme, y además no le importa ayudarme en las faenas de la casa. Incluso a tu padre, cuando era pequeño, le limpiaba el culito. ¡Para luego lo hacen otros hombres del pueblo! Pero, mira Ernestito, no creo que esconda nada valioso dentro del bargueño, si no ¿no crees que arreglaríamos el aprisco para que estén más protegidas las ovejas del frío de los inviernos?, ¿o que cambaríamos el tejado de la casa para no tener que poner en la falsa barreños que retengan el agua de las goteras? No le des más vueltas a la cabeza, lo de cerrar los cajones de ese mueblecito con llave no deja de ser más que una manía de tu abuelo. Lo ha hecho siempre.” —volvió a repetirme.

El abuelo presumía del bargueño diciendo que había sido fabricado en el siglo XVII y que se trataba de una pieza reproducida igual que uno existente en el

Castillo de Henri IV de Pau, que fue utilizado por Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, y que en la fabricación de ambos habían participado varios oficios: el ebanista, el dibujante, el tallista, el tornero, el carpintero, el que dora y el que policroma. Recuerdo que cada vez que el abuelo subía al desván, le seguía a hurtadillas para descubrir dónde escondía las llaves y poder saciar mi curiosidad, pero nunca fui capaz de encontrarlas.

Cuando subo por las escaleras a la primera planta, me llega al recuerdo un sonido que en mi infancia no supe interpretar: el ruido de la tapa de un arcón que se encontraba colocado al lado del bargueño y que siempre escuchaba después de abrir alguno de sus cajones. Ese recuerdo me ilumina la mente. *Quizás allí...* pienso, *quizás allí dentro del arcón fuera donde escondía las llaves del mueble.* Muchas veces, el abuelo me había repetido que la guerra en estos últimos pueblos del valle había sido muy cruenta, pero con cierto orgullo me decía que el "heroico" bargueño había resistido las bombas y los incendios. Bielsa, Parzán y Chisagués habían sido devastados y quemados de una manera atroz, y solamente algunas casas se libraron parcialmente del desastre. El abuelo, Anselmo Gistau, había sido combatiente para el bando republicano en la 43 División, comandada por Antonio Beltrán, apodado "El Esquinazau". Con frecuencia nos contaba la dureza de la guerra en estas tierras tan abruptas y gélidas. Generalmente aprovechaba para hablarnos de aquellos duros y sangrientos momentos en la sobremesa, utilizando el poco tiempo libre que le quedaba pues, generalmente, siempre estaba ocupado en sus quehaceres. Todos los días, después de comer, tomaba un café de puchero bien caliente y bien cargado, al que le añadía coñac, también bien caliente. Solía decir que le gustaba calentar el alcohol porque el efluvio de los vapores era la parte que les correspondía a los ángeles, pues, en su opinión, ellos también lo necesitan para estar más animosos y alegres y así poder emprender el trabajo de hacer el

bien a la humanidad ante los diversos avatares que conlleva la vida. Al tiempo que bebía el carajillo, se liaba dos o tres cigarrillos de picadura sin filtro que encendía con un mechero de mecha, que él llamaba "chisquero". La verdad es que para mí el abuelo fue un referente en la vida, alguien a quien le mantuve respeto y que llenó mi corazón de amor.

Conforme voy pasando por las habitaciones de la vivienda, voy abriendo las ventanas para que se airee la casa. Tengo la sensación de poder tocar las montañas con las manos. Cotiella, la montaña que tantas veces miré de niño, me saluda con sus roquedos dorados por los reflejos del sol. También diviso la cima de Suelsa, el collado de Añisclo y la Estiba. Inspiro y mis pulmones se llenan de oxígeno y de paz. El río Barrosa se desliza por el valle serpenteando, esperando que la cuenca del Cinca recoja sus aguas de arroyada. Como el abuelo me habló tantas veces de la dureza de la guerra en la Bolsa de Bielsa, normalmente cada vez que miro las aguas de los ríos de este valle, tanto las del Cinca como las de la Barrosa, las imagino llenas de cicatrices. Y la verdad es que no hacía falta ser combatiente para darse cuenta de la crueldad de la Guerra Civil en este enclave de los Pirineos. Los vecinos de los pueblos cercanos a la Bolsa fueron testigos de la dureza, ante todo en los cuatro primeros meses del año 1938. La abuela y su familia también pasaron lo suyo. Un día, la abuela me contó que se le habían quedado grabados los ruidos "bloff, bloff, bloff" de las botas invasoras. Ella oía esos sonidos en todas las partes, siempre como un eco alojado en su cabeza; unos sonidos que eran producidos por el contacto de las botas de los nacionales con el barro debido a las abundantes precipitaciones que cayeron en aquella primavera. Cuando los sublevados pisaron Parzán, saquearon y desvalijaron su casa sin ningún tipo de miramiento y los desmanes se sucedieron unos detrás de otros. Les robaron los huevos de los nidales, las propias gallinas, el mondongo de la matacía, ordeñaron la cabra y

después la subieron a un camión que arrancaba a base de darle muchas vueltas a una manivela de la dínamo. El techo del vehículo era de loneta, las ruedas macizas y los asientos de madera. Aquel camión se movía con gasógeno y el olor del escape trasero, que arrojaba un humo muy denso y de color del plomo, era fortísimo. Pero lo que más recordaba la abuela fue cuando su madre le dijo una noche antes de que la aurora despuntara en el horizonte: *“Hija levántate y ayúdame a ataviar a tus hermanos pequeños y al burro. Los macutos ya los tengo preparados. Tenemos que huir a Francia por el Puerto Viejo. Ponte los borceguís y dos pares de calcetines de lana que el trayecto va a ser largo y duro. ¡Ya te puedes imaginar qué frío y qué cantidad de nieve va a haber en el puerto! Anda, anda, apresúrate, que la mayoría de los parzanenses y algunas otras personas del valle ya están preparadas en la calle”*. La abuela me contaba que en el semblante de las personas mayores y en el de las mujeres se notaba mucha preocupación y mucho nerviosismo ante la incertidumbre, pero, que sin embargo, los más pequeños jugaban en las calles de Parzán a la guerra. Tenían fabricadas armas de madera y entre ellos hacían emboscadas, ataques por sorpresa, combates cuerpo a cuerpo... Con sus bocas simulaban los sonidos de las metralletas: *ratatataá, ratatataá,...* En definitiva, todo era una ilación de lo que estaba sucediendo en estos parajes del Pirineo con la normal diferencia entre adultos y niños.

Con la intención de apartar de mi memoria el recuerdo de las palabras de la abuela, me acerco a la cristalera del balcón del hastial de la casa. El pueblo está en calma. Reina la tranquilidad que tanto faltó en aquellos años convulsos. Mis ojos se alegran al reconocer a una mujer que camina por la calle, a aquella niña de dos trenzas rubias que jugaba conmigo cuando visitábamos a los abuelos. Mi corazón sintió un enamoramiento infantil por ella. A mis trece años, cuando estaba en el pueblo, mi gran ilusión era encontrarla y pasar el mayor tiempo posible a su lado. Un perro pastor de

ganado la sigue, pisándole los talones. Sin pensarlo un momento, disparado por un impulso de mi corazón, bajo las escaleras de la casa de dos en dos y deprisa. Una vez en la calle, la llamo por su nombre y corro a su encuentro. Sus ojos de luz me miran sorprendidos. Siguen siendo de luz de soles y cuando me mira siento un cosquilleo dulce como si varios ciempiés danzarán dentro de mi estómago con sus patas rebozadas en caramelo. Cuando éramos chiquillos, algunas veces le hablé del bargueño del abuelo. También le pregunté que qué creía que pudiera guardar dentro. Elenita era pizpireta y, como el que recita un poema que se ha aprendido de memoria, me respondía enseguida con su verborrea ágil: *quizás guarde monedas de oro, o fotografías de seres queridos, o mensajes, o notas de la prensa española, o cartas de amor, o joyas, o tal vez, imágenes de santos que os protejan..., o vete tú a saber. Un día subiremos a la 'falsa, buscaremos las llaves y, entonces, abriendo todos los cajones, sí que podré decirte qué hay dentro. De momento no puedo decirte nada y no me lo preguntes tantas veces que te pones muy pesado* — me respondía. Pero me faltó valor para llevar a cabo el plan de Elenita, pues consideraba que descubrir lo que había dentro era un acto traidor. Sin embargo, ahora es diferente, el abuelo ya está enterrado hace unos años y quizás si busco en el interior del arcón de detrás del bargueño pueda encontrar las llaves. Pero solo pensarlo, siento un temblor inexplicable, como si aún ahora fuese un acto de infidelidad hacia su intimidad.

Con Elena hablamos largo y tendido. No sé si es por estar falto de cariño, o por la inestabilidad emocional que siento o por haberla amado siendo niño, pero, cada vez que me mira con sus ojos de luz, me lanzaría a sus brazos. Recuerdo que en nuestra infancia, cada vez que le decía alguna palabra bonita de amor, ésta acariciaba su cara de la misma manera que un viento suave y cálido mece con mimo una ramita tierna primaveral, e incluso notaba en la niña de trenzas amarillas una dulzura graciosa, como si el aire y las palabras de amor expresasen lo mismo. Cuando le pregunto cómo está su

familia, la luz de sus ojos se escapa y éstos se cubren con una pátina de tristeza: *“Vivo sola. Bueno..., bueno, sola no, con Chispa”* —me dice, señalando a la perra pastora que la acompaña. Mientras Elena me habla, en mi imaginación, la adorno con aquellas dos trenzas de color del trigo de trilla que colgaban largas por cada lado de su cara sonrosada y me sigue pareciendo preciosa. Su abuelo, Cosme, no tuvo la misma suerte que el mío y murió en la guerra, en el sangriento enfrentamiento ocurrido en la población de Fanlo. Y hay algo que nunca me contó el abuelo: en más de una ocasión, escuché que la relación entre el abuelo de Elena y el mío era especial, como si entre ellos el cariño traspasara el límite de la amistad. El día que un disparo alcanzó a Cosme, un 6 de abril de 1938, mi abuelo, que estaba a su lado, le quitó las botas que llevaba puestas para calzarlas en los pies, y no precisamente porque fuesen más nuevas que las que él llevaba, sino como un acto de cariño de usar algo que le hubiese pertenecido a Cosme. Hay quien dice que, a partir de aquel día, también vestía como atuendo la camisa y la chaqueta del fallecido. Desde luego valor no debió faltarle al abuelo y tampoco sentimientos en su corazón por Cosme.

En honor a todos esos recuerdos comunes ocurridos en nuestra niñez y por aquella amistad de nuestros respectivos abuelos, en la guerra y antes de la guerra, decido invitar a Elena a cenar en casa. Es algo que deseo fervientemente, porque para mí es como si un pedacito de ella me siguiese perteneciendo. A mi invitación asiente con rapidez y sin ningún tipo de objeción. Su sí, abierto y dicho más que con su boca con sus ojos de luz, me empuja a abrazarla, bajo la atenta mirada del Robiñera, Cotiella, Suelsa y Añisclo.

La mesa está preparada para el momento deseado. En la noche el silencio es tan denso que da la sensación de que la oscuridad es muy tupida y de no dejar un hueco para que llegue el sonido. Espero que ese silencio se rompa con los pasos de Elena, con

sus palabras, con sus sonrisas o aunque parezca contradictorio con la llenura de nuestros mutuos silencios. La vela que he encendido, colocada en un candelabro antiguo, no es más que añadir un poco de calidez al ambiente. Espero su llegada, y aunque no es tarde, la inquietud que me produce su presencia me lleva a pensar que se retrasa. El tiempo se dilata como las pupilas de los gatos en la oscuridad. Enciendo un cigarrillo sin apartar mi mirada fija del cristal del balcón y enseguida observo a un duende de humo que moldea diversas figuras con mis bocanadas. Parece que el duende multiforme me entretiene un poco, pero poco, tan poco que enseguida apago el cigarro. Mi corazón se agita al verla y acudo a abrirle la puerta antes de que llame con la aldaba. Al principio, debido al nerviosismo, nuestras palabras suenan amontonadas, fruto del deseo insaciable de saber del otro, recordándome el sonido de la cascada del río Barrosa en el circo de su nacimiento. Poco a poco, nos vamos calmando y nuestras palabras son susurros del mismo río, sí, del mismo río pero llaneando. Sentados en la mesa, frente a frente, nos miramos con los labios y nos hablamos con los ojos. Mientras cenamos, con la chimenea encendida y un adagio de la quinta de Malher sonando en el tocadiscos, vamos recordando vivencias comunes que nos producen distintos estados de ánimo, algunos de tristeza y de añoranza. Pero el vino de crianza del Somontano nos va animando. Elena me pregunta que qué sé del bargueño del abuelo. Le respondo que nada y que todavía no he tenido tiempo de subir al desván. Me dice si todavía tengo curiosidad por saber qué puede haber dentro. Ante mi respuesta afirmativa con la cabeza, me propone subir a buscar el manojito de llavecillas que abrían los distintos cajones tan pronto acabemos de cenar; unas llaves que casi sin dudarlo pueden estar dentro del arcón.

Nuestras miradas y el vino en el cuerpo, o mejor dicho, subido un poco a la cabeza, nos crean complicidad y valentía. Cogemos dos linternas y subimos a la *falsa*.

El bargueño se conserva bien y no le ha atacado ni la carcoma, ni las ratas, ni los ratones. El arcón sigue permaneciendo a su lado y quedan unidos por alguna que otra telaraña. Levanto su cubierta ligeramente adornada de relieves llenos de polvo, y dentro de él, encima de una camisa sin botones tipo safari, están las llaves. Ante la falta de atrevimiento por mi parte, y después de mirarnos, Elena las coge, sin ninguna intención de dármelas para evitar que yo sea el que las use. Tras un rato de silencio, comienza a abrir los cajones. En ellos, efectivamente, aparecen fotografías de colores sepia, sellos de correos, alguna nota de prensa, alguna moneda suelta, cartas escritas a mi abuela desde el desfiladero de Las Devotas, los cordones de unas botas, que posiblemente pudiesen ser los de las botas de Cosme.... Pero tras esos primeros cajones hay otros más internos. Elena va probando llaves y uno tras otro los va abriendo todos. En uno de ellos, en el más inaccesible y por lo tanto en el más secreto, hay una fotografía de Cosme, dedicada a mi abuelo y algunas cartas de amor comprometedoras entre ellos con los dobleces rotos. Yo me quedo sin respuesta al leer el contenido, sin embargo, Elena dice: *duros y difíciles años de represión. Menos mal que ahora han finalizado aquellos tiempos y también los de la represión de la dictadura.* Me sorprende que una mujer que no ha salido mucho del pueblo tenga una mente permisible. Con sus palabras siento una ayuda interior que me reconforta. Sin esperar más tiempo y delante de ella, llamo a mi mujer y después de un breve saludo le digo: *hoy el azar se ha encargado de que pueda entender a nuestro hijo. Pronto acudiré a veros.*

Abajo, sobre un mueble del salón, hay una fotografía enmarcada de los abuelos. La cojo entre mis manos, los miro con mucho orgullo y pienso que... y pienso que efectivamente fueron unos tiempos difíciles en muchos sentidos.

SEUDÓNIMO: EURÍDICE